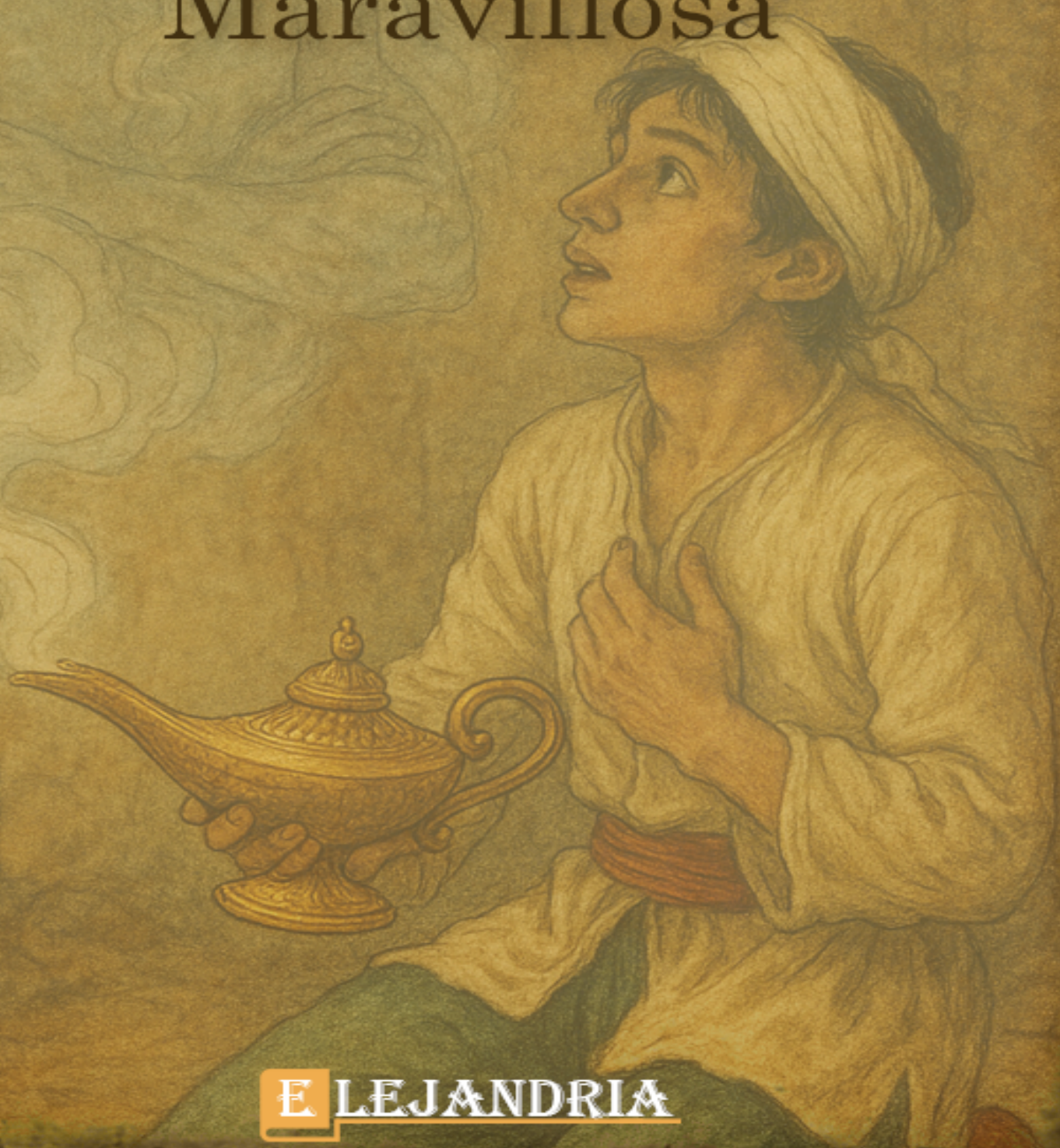
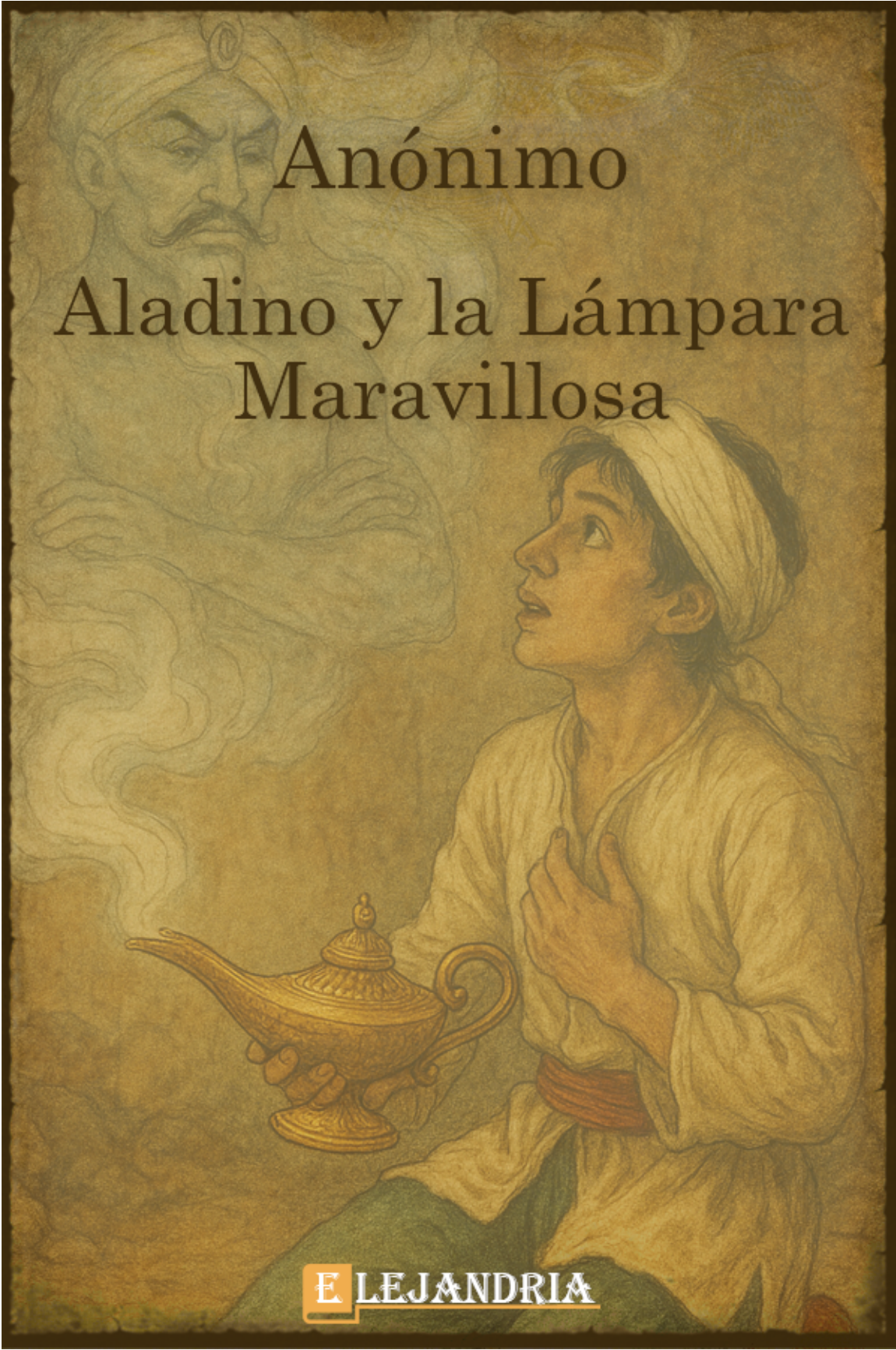


Anónimo

Aladino y la Lámpara
Maravillosa



The illustration is a monochromatic, sepia-toned drawing. In the foreground, Aladdin is depicted from the waist up, wearing a white, long-sleeved tunic and a white headscarf. He is looking upwards and to the left with an expression of awe or wonder, his hands clasped over his chest. He holds a golden, ornate magic lamp in his right hand. In the background, the face of the Genie is faintly visible, looking down at Aladdin. The overall style is reminiscent of classic children's book illustrations.

Anónimo

Aladino y la Lámpara
Maravillosa

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

ALADINO Y LA LÁMPARA MARAVILLOSA

ANÓNIMO

PUBLICADO: 1710
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ANDREW LANG

EDICIÓN ORIGINAL: LONGMANS, GREEN AND Co, 1918
(1898)

ALADINO Y LA LÁMPARA MARAVILLOSA

Vivió una vez un pobre sastre que tenía un hijo llamado Aladino, un muchacho descuidado y ocioso que no hacía otra cosa que jugar todo el día en las calles con otros niños tan ociosos como él. Esto apenó tanto al padre que murió; sin embargo, a pesar de las lágrimas y súplicas de su madre, Aladino no enmendó su conducta. Un día, mientras jugaba en las calles como de costumbre, un extranjero le preguntó su edad y si no era hijo de Mustafá, el sastre.

—Soy yo, señor —respondió Aladino—, pero murió hace mucho tiempo.

Al oír esto, el extranjero, que era un famoso mago africano, se le echó al cuello y lo besó, diciendo:

—Soy tu tío y te reconocí por tu parecido con mi hermano. Ve con tu madre y dile que voy para allá.

Aladino corrió a casa y le habló a su madre de su recién encontrado tío.

—En verdad, hijo —dijo ella—, tu padre tenía un hermano, pero siempre pensé que había muerto.

Sin embargo, preparó la cena y le pidió a Aladino que buscara a su tío, quien llegó cargado de vino y frutas. Pronto se postró y besó el lugar donde Mustafá solía sentarse, pidiéndole a la madre de Aladino que no se sorprendiera de no haberlo visto antes, ya que había

estado cuarenta años fuera del país. Luego se dirigió a Aladino y le preguntó por su oficio, ante lo cual el muchacho agachó la cabeza, mientras su madre rompía a llorar. Al enterarse de que Aladino era un ocioso y no quería aprender ningún oficio, se ofreció a abrirle una tienda y surtirla de mercancías. Al día siguiente, le compró a Aladino un fino traje y lo llevó por toda la ciudad, mostrándole los lugares de interés, y lo trajo a casa al anochecer con su madre, quien se alegró inmensamente de ver a su hijo tan elegante.

Al día siguiente, el mago llevó a Aladino a unos hermosos jardines muy alejados de las puertas de la ciudad. Se sentaron junto a una fuente y el mago sacó un pastel de su cinturón, que dividió entre ambos. Luego continuaron su viaje hasta que casi llegaron a las montañas. Aladino estaba tan cansado que suplicó regresar, pero el mago lo entretuvo con historias amenas y lo hizo seguir adelante a pesar de sí mismo.

Finalmente, llegaron a dos montañas separadas por un estrecho valle.

—No iremos más lejos —dijo el falso tío—. Te mostraré algo maravilloso; solo recoge algunas ramas mientras yo enciendo un fuego.

Cuando estuvo encendido, el mago arrojó sobre él un polvo que llevaba consigo, al tiempo que pronunciaba unas palabras mágicas. La tierra tembló un poco y se abrió frente a ellos, revelando una piedra cuadrada y plana con una anilla de bronce en el medio para levantarla. Aladino intentó huir, pero el mago lo atrapó y le dio un golpe que lo derribó.

—¿Qué he hecho, tío? —dijo lastimosamente; a lo que el mago respondió con más amabilidad:

—No temas nada, pero obedéceme. Debajo de esta piedra yace un tesoro que será tuyo, y nadie más puede tocarlo, así que debes hacer exactamente lo que te digo.

Al oír la palabra tesoro, Aladino olvidó sus miedos y agarró la anilla como se le indicó, diciendo los nombres de su padre y su

abuelo. La piedra se levantó con bastante facilidad y aparecieron unos escalones.

—Baja —dijo el mago—; al pie de esos escalones encontrarás una puerta abierta que conduce a tres grandes salas. Súbete la túnica y atraviésalas sin tocar nada, o morirás al instante. Estas salas conducen a un jardín de hermosos árboles frutales. Camina hasta que llegues a un nicho en una terraza donde hay una lámpara encendida. Vierte el aceite que contiene y tráemela.

Se quitó un anillo del dedo y se lo dio a Aladino, deseándole prosperidad.

Aladino encontró todo tal como el mago había dicho, recogió algunas frutas de los árboles y, habiendo conseguido la lámpara, llegó a la boca de la cueva. El mago gritó con gran prisa:

—¡Date prisa y dame la lámpara! —Aladino se negó a hacerlo hasta que estuviera fuera de la cueva. El mago montó en cólera y, arrojando más polvo al fuego, dijo algo, y la piedra volvió a su lugar.

El mago abandonó Persia para siempre, lo que demostraba claramente que no era tío de Aladino, sino un astuto hechicero que había leído en sus libros de magia sobre una lámpara maravillosa que lo convertiría en el hombre más poderoso del mundo. Aunque solo él sabía dónde encontrarla, únicamente podía recibirla de manos de otra persona. Había elegido al necio de Aladino para este propósito, con la intención de obtener la lámpara y matarlo después.

Durante dos días, Aladino permaneció en la oscuridad, llorando y lamentándose. Finalmente, juntó las manos en oración y, al hacerlo, frotó el anillo que el mago había olvidado quitarle. Inmediatamente, un genio enorme y espantoso surgió de la tierra, diciendo:

—¿Qué quieres de mí? Soy el Esclavo del Anillo y te obedeceré en todas las cosas.

Aladino respondió sin miedo:

—¡Sácame de este lugar! —Al instante, la tierra se abrió y se encontró en el exterior. Tan pronto como sus ojos pudieron soportar

la luz, se fue a casa, pero se desmayó en el umbral. Cuando volvió en sí, le contó a su madre lo que había pasado y le mostró la lámpara y las frutas que había recogido en el jardín, que en realidad eran piedras preciosas. Luego pidió algo de comer.

—¡Ay, hijo! —dijo ella—, no tengo nada en casa, pero he hilado un poco de algodón e iré a venderlo.

Aladino le pidió que guardara el algodón, pues en su lugar vendería la lámpara. Como estaba muy sucia, empezó a frotarla para que alcanzara un precio más alto. Al instante, apareció un genio horrendo y le preguntó qué deseaba. Ella se desmayó, pero Aladino, arrebatando la lámpara, dijo con audacia:

—¡Tráeme algo de comer!

El genio regresó con un cuenco de plata, doce platos de plata que contenían ricas carnes, dos copas de plata y dos botellas de vino. La madre de Aladino, cuando volvió en sí, dijo:

—¿De dónde viene este espléndido festín?

—No preguntes, come —respondió Aladino.

Así que se sentaron a desayunar hasta que fue la hora de la cena, y Aladino le contó a su madre lo de la lámpara. Ella le rogó que la vendiera y no tuviera nada que ver con demonios.

—No —dijo Aladino—, ya que el azar nos ha hecho conscientes de sus virtudes, la usaremos, y también el anillo, que siempre llevaré en mi dedo. —Cuando hubieron comido todo lo que el genio había traído, Aladino vendió uno de los platos de plata, y así sucesivamente hasta que no quedó ninguno. Entonces recurrió al genio, que le dio otro juego de platos, y así vivieron durante muchos años.

Un día, Aladino escuchó una orden proclamada por el Sultán de que todos debían quedarse en casa y cerrar sus contraventanas mientras la princesa, su hija, iba y venía del baño. A Aladino lo invadió el deseo de ver su rostro, lo cual era muy difícil, ya que siempre iba con velo. Se escondió detrás de la puerta del baño y

espió por una rendija. La princesa se levantó el velo al entrar y se veía tan hermosa que Aladino se enamoró de ella a primera vista. Volvió a casa tan cambiado que su madre se asustó. Le dijo que amaba a la princesa tan profundamente que no podía vivir sin ella, y que tenía la intención de pedir su mano en matrimonio a su padre. Su madre, al oír esto, se echó a reír, pero Aladino finalmente la convenció de que fuera ante el Sultán y le llevara su petición. Ella tomó una servilleta y colocó en ella los frutos mágicos del jardín encantado, que brillaban y resplandecían como las joyas más hermosas. Se los llevó para complacer al Sultán y partió, confiando en la lámpara. El gran visir y los señores del consejo acababan de entrar cuando ella entró en el salón y se colocó frente al Sultán. Él, sin embargo, no le hizo caso. Fue todos los días durante una semana y se quedó en el mismo lugar.

Cuando el consejo se disolvió el sexto día, el Sultán le dijo a su visir:

—Veo a cierta mujer en la sala de audiencias todos los días llevando algo en una servilleta. Llámala la próxima vez, para que pueda averiguar qué quiere.

Al día siguiente, a una señal del visir, ella se acercó al pie del trono y permaneció arrodillada hasta que el Sultán le dijo:

—Levántate, buena mujer, y dime qué quieres.

Ella vaciló, así que el Sultán despidió a todos menos al visir y le ordenó que hablara libremente, prometiéndole perdonarla de antemano por cualquier cosa que pudiera decir. Entonces le contó sobre el violento amor de su hijo por la princesa.

—Le rogué que la olvidara —dijo—, pero fue en vano; amenazó con cometer algún acto desesperado si me negaba a ir y pedir a Su Majestad la mano de la princesa. Ahora le ruego que no solo me perdone a mí, sino también a mi hijo Aladino.

El Sultán le preguntó amablemente qué tenía en la servilleta, a lo que ella desplegó las joyas y se las presentó.

Quedó atónito y, volviéndose hacia el visir, dijo:

—¿Qué dices tú? ¿No debería conceder la princesa a alguien que la valora a tal precio?

El visir, que la quería para su propio hijo, le rogó al Sultán que la retuviera durante tres meses, en el transcurso de los cuales esperaba que su hijo se las ingeniara para hacerle un regalo más rico. El Sultán se lo concedió y le dijo a la madre de Aladino que, aunque consentía en el matrimonio, no debía presentarse ante él de nuevo durante tres meses.

Aladino esperó pacientemente durante casi tres meses, pero después de transcurridos dos, su madre, al ir a la ciudad a comprar aceite, encontró a todo el mundo regocijándose y preguntó qué pasaba.

—¿No sabes —fue la respuesta— que el hijo del gran visir se casa esta noche con la hija del Sultán?

Sin aliento, corrió y se lo contó a Aladino, quien al principio se sintió abrumado, pero enseguida pensó en la lámpara. La frotó y el genio apareció, diciendo:

—¿Cuál es tu voluntad?

Aladino respondió:

—El Sultán, como sabes, ha roto su promesa conmigo, y el hijo del visir va a tener a la princesa. Mi orden es que esta noche traigas aquí a los novios.

—Amo, obedezco —dijo el genio.

Aladino fue entonces a su aposento, donde, efectivamente, a medianoche el genio transportó la cama que contenía al hijo del visir y a la princesa.

—Llévate a este recién casado —dijo—, ponlo fuera en el frío y regresa al amanecer.

Acto seguido, el genio sacó al hijo del visir de la cama, dejando a Aladino con la princesa.

—No temas nada —le dijo Aladino—; eres mi esposa, prometida a mí por tu injusto padre, y no te sucederá ningún daño.

La princesa estaba demasiado asustada para hablar y pasó la noche más miserable de su vida, mientras Aladino se acostaba a su lado y dormía profundamente. A la hora señalada, el genio trajo al tiritando novio, lo acostó en su lugar y transportó la cama de vuelta al palacio.

Poco después, el Sultán vino a desearle los buenos días a su hija. El infeliz hijo del visir saltó y se escondió, mientras la princesa no decía una palabra y estaba muy afligida.

El Sultán le envió a su madre, quien dijo:

—¿Cómo es, hija, que no le hablas a tu padre? ¿Qué ha pasado?

La princesa suspiró profundamente y finalmente le contó a su madre cómo, durante la noche, la cama había sido llevada a una casa extraña y lo que había pasado allí. Su madre no le creyó en lo más mínimo, pero le ordenó que se levantara y lo considerara un sueño vano.

La noche siguiente ocurrió exactamente lo mismo, y a la mañana siguiente, al negarse la princesa a hablar, el Sultán amenazó con cortarle la cabeza. Ella entonces lo confesó todo, pidiéndole que le preguntara al hijo del visir si no era así. El Sultán le dijo al visir que le preguntara a su hijo, quien admitió la verdad, añadiendo que, por mucho que amara a la princesa, preferiría morir antes que pasar otra noche tan espantosa, y deseaba separarse de ella. Su deseo fue concedido, y se acabaron las fiestas y el regocijo.

Cuando pasaron los tres meses, Aladino envió a su madre a recordarle al Sultán su promesa. Ella se paró en el mismo lugar que antes, y el Sultán, que se había olvidado de Aladino, lo recordó al instante e hizo que la llamaran. Al ver su pobreza, el Sultán se sintió menos inclinado que nunca a cumplir su palabra y pidió consejo al visir, quien le aconsejó que pusiera un valor tan alto a la princesa que ningún hombre vivo pudiera alcanzarlo.

El Sultán se dirigió entonces a la madre de Aladino, diciendo:

—Buena mujer, un sultán debe recordar sus promesas, y yo recordaré la mía, pero tu hijo debe enviarme primero cuarenta palanganas de oro repletas de joyas, llevadas por cuarenta esclavos negros, guiados por otros tantos blancos, espléndidamente vestidos. Dile que espero su respuesta. —La madre de Aladino hizo una profunda reverencia y se fue a casa, pensando que todo estaba perdido.

Le dio el mensaje a Aladino, añadiendo:

—¡Puede esperar mucho tiempo por tu respuesta!

—No tanto, madre, como crees —respondió su hijo—. Haría mucho más que eso por la princesa.

Convocó al genio y, en pocos momentos, llegaron los ochenta esclavos, que llenaron la pequeña casa y el jardín.

Aladino los hizo partir hacia el palacio, de dos en dos, seguidos por su madre. Iban tan ricamente vestidos, con joyas tan espléndidas en sus cinturones, que todos se agolpaban para verlos a ellos y las palanganas de oro que llevaban sobre sus cabezas.

Entraron en el palacio y, después de arrodillarse ante el Sultán, se pararon en un semicírculo alrededor del trono con los brazos cruzados, mientras la madre de Aladino se los presentaba al Sultán.

Él no dudó más, sino que dijo:

—Buena mujer, regresa y dile a tu hijo que lo espero con los brazos abiertos.

Ella no perdió tiempo en decírselo a Aladino, instándole a darse prisa. Pero Aladino primero llamó al genio.

—Quiero un baño perfumado —dijo—, un hábito ricamente bordado, un caballo que supere al del Sultán y veinte esclavos para que me atiendan. Además de esto, seis esclavos, hermosamente vestidos, para servir a mi madre; y por último, diez mil piezas de oro en diez bolsas.

Dicho y hecho. Aladino montó en su caballo y recorrió las calles, mientras los esclavos esparcían oro a su paso. Aquellos que habían jugado con él en su infancia no lo reconocieron, tan apuesto se había vuelto.

Cuando el Sultán lo vio, bajó de su trono, lo abrazó y lo condujo a un salón donde se había dispuesto un banquete, con la intención de casarlo con la princesa ese mismo día.

Pero Aladino se negó, diciendo: «Debo construir un palacio digno de ella», y se despidió.

Una vez en casa, le dijo al genio:

—Constrúyeme un palacio del mármol más fino, engastado con jaspe, ágata y otras piedras preciosas. En el centro me construirás un gran salón con una cúpula, sus cuatro paredes de oro y plata macizos, cada lado con seis ventanas, cuyas celosías, todas excepto una, que quedará sin terminar, deben estar engastadas con diamantes y rubíes. Debe haber establos y caballos y mozos de cuadra y esclavos; ¡ve y encárgate de ello!

El palacio estuvo terminado al día siguiente, y el genio lo llevó allí y le mostró todas sus órdenes fielmente cumplidas, incluso hasta la colocación de una alfombra de terciopelo desde el palacio de Aladino hasta el del Sultán. La madre de Aladino se vistió entonces con esmero y caminó hacia el palacio con sus esclavos, mientras él la seguía a caballo. El Sultán envió músicos con trompetas y címbalos a su encuentro, de modo que el aire resonó con música y vítores. La llevaron ante la princesa, quien la saludó y la trató con gran honor. Por la noche, la princesa se despidió de su padre y partió sobre la alfombra hacia el palacio de Aladino, con la madre de él a su lado, y seguida por los cien esclavos. Quedó encantada al ver a Aladino, que corrió a recibirla.

—Princesa —dijo él—, culpa a tu belleza de mi audacia si te he disgustado.

Ella le dijo que, habiéndolo visto, obedecía de buen grado a su padre en este asunto. Después de que la boda se hubo celebrado,

Aladino la condujo al salón, donde se había preparado un festín, y ella cenó con él, tras lo cual bailaron hasta la medianoche.

Al día siguiente, Aladino invitó al Sultán a ver el palacio. Al entrar en el salón de las veinticuatro ventanas, con sus rubíes, diamantes y esmeraldas, exclamó:

—¡Es una maravilla del mundo! Solo hay una cosa que me sorprende. ¿Fue por accidente que una ventana quedó sin terminar?

—No, señor, fue a propósito —respondió Aladino—. Deseaba que Su Majestad tuviera la gloria de terminar este palacio.

El Sultán se sintió complacido y mandó llamar a los mejores joyeros de la ciudad. Les mostró la ventana inacabada y les ordenó que la arreglaran como las demás.

—Señor —respondió su portavoz—, no podemos encontrar suficientes joyas.

El Sultán hizo traer las suyas, que pronto usaron, pero sin resultado, pues en un mes el trabajo no estaba ni a la mitad. Aladino, sabiendo que su tarea era vana, les ordenó que deshicieran su trabajo y devolvieran las joyas, y el genio terminó la ventana a su orden. El Sultán se sorprendió al recibir sus joyas de vuelta y visitó a Aladino, quien le mostró la ventana terminada. El Sultán lo abrazó, mientras el envidioso visir insinuaba que era obra de encantamiento.

Aladino se había ganado el corazón del pueblo por su amable comportamiento. Fue nombrado capitán de los ejércitos del Sultán y ganó varias batallas para él, pero permaneció tan modesto y cortés como antes, y vivió así en paz y contento durante varios años.

Pero lejos, en África, el mago recordó a Aladino y, por sus artes mágicas, descubrió que Aladino, en lugar de perecer miserablemente en la cueva, había escapado y se había casado con una princesa, con quien vivía con gran honor y riqueza. Sabía que el hijo del pobre s 2 astre solo podría haber logrado esto por medio de la lámpara, y viajó día y noche hasta que llegó a la capital de China, empeñado en

la ruina de Aladino. Al pasar por la ciudad, escuchó a la gente hablar por todas partes de un palacio maravilloso.

—Perdonen mi ignorancia —preguntó—, ¿qué es ese palacio del que hablan?

—¿No ha oído hablar del palacio del Príncipe Aladino —fue la respuesta—, la mayor maravilla del mundo? Le indicaré el camino si tiene ganas de verlo.

El mago agradeció a quien le habló y, habiendo visto el palacio, supo que había sido levantado por el genio de la lámpara, y se volvió medio loco de rabia. Decidió apoderarse de la lámpara y sumir de nuevo a Aladino en la más profunda pobreza.

Por desgracia, Aladino se había ido de caza durante ocho días, lo que le dio al mago tiempo de sobra. Compró una docena de lámparas de cobre, las metió en una cesta y fue al palacio, gritando: «¡Lámparas nuevas por viejas!», seguido por una multitud burlona.

La princesa, sentada en el salón de las veinticuatro ventanas, envió a una esclava a averiguar a qué se debía el ruido, quien regresó riendo, por lo que la princesa la regañó.

—Señora —respondió la esclava—, ¿quién puede evitar reírse al ver a un viejo tonto ofreciendo cambiar lámparas nuevas y finas por otras viejas?

Otra esclava, al oír esto, dijo:

—Hay una vieja en la cornisa que puede quedarse.

Ahora bien, esta era la lámpara mágica, que Aladino había dejado allí, ya que no podía llevarla consigo de caza. La princesa, sin conocer su valor, le ordenó riendo a la esclava que la tomara e hiciera el cambio.

Ella fue y le dijo al mago:

—Dame una lámpara nueva por esta.

Él la arrebató y le dijo a la esclava que eligiera, entre las burlas de la multitud. Poco le importó, dejó de pregonar sus lámparas y salió

de las puertas de la ciudad hacia un lugar solitario, donde permaneció hasta el anochecer, cuando sacó la lámpara y la frotó. El genio apareció y, a la orden del mago, lo transportó a él, junto con el palacio y la princesa dentro, a un lugar solitario de África.

A la mañana siguiente, el Sultán miró por la ventana hacia el palacio de Aladino y se frotó los ojos, porque había desaparecido. Mandó a buscar al visir y le preguntó qué había sido del palacio. El visir también miró y se quedó perplejo. De nuevo lo atribuyó a un encantamiento, y esta vez el Sultán le creyó y envió a treinta hombres a caballo a buscar a Aladino encadenado. Lo encontraron regresando a casa, lo ataron y lo obligaron a ir con ellos a pie. El pueblo, sin embargo, que lo amaba, los siguió armado para asegurarse de que no le ocurriera ningún daño. Fue llevado ante el Sultán, quien ordenó al verdugo que le cortara la cabeza. El verdugo hizo arrodillar a Aladino, le vendó los ojos y alzó su cimitarra para golpear.

En ese instante, el visir, que vio que la multitud había forzado su entrada al patio y estaba escalando los muros para rescatar a Aladino, gritó al verdugo que detuviera su mano. La gente, de hecho, parecía tan amenazante que el Sultán cedió y ordenó que desataran a Aladino, y lo perdonó a la vista de la multitud.

Aladino ahora suplicó saber qué había hecho.

—¡Falso miserable! —dijo el Sultán—. Ven aquí. —Y le mostró desde la ventana el lugar donde había estado su palacio.

Aladino estaba tan asombrado que no pudo decir una palabra.

—¿Dónde está mi palacio y mi hija? —exigió el Sultán—. Por lo primero no estoy tan preocupado, pero a mi hija debo tenerla, y debes encontrarla o perderás la cabeza.

Aladino suplicó cuarenta días para encontrarla, prometiendo que si fallaba, regresaría y sufriría la muerte a placer del Sultán. Su ruego fue concedido, y partió tristemente de la presencia del Sultán. Durante tres días vagó como un loco, preguntando a todos qué había sido de su palacio, pero solo se reían y se compadecían de él.

Llegó a las orillas de un río y se arrodilló para rezar antes de arrojarlo a él. Al hacerlo, frotó el anillo mágico que aún llevaba.

El genio que había visto en la cueva apareció y le preguntó su voluntad.

—Sálvame la vida, genio —dijo Aladino—, y trae de vuelta mi palacio.

—Eso no está en mi poder —dijo el genio—; solo soy el esclavo del anillo; debes pedirselo al esclavo de la lámpara.

—Aun así —dijo Aladino—, tú puedes llevarme al palacio y dejarme bajo la ventana de mi querida esposa. —Al instante se encontró en África, bajo la ventana de la princesa, y se durmió de puro agotamiento.

Lo despertó el canto de los pájaros, y su corazón se sintió más ligero. Vio claramente que todas sus desgracias se debían a la pérdida de la lámpara, y se preguntó en vano quién se la había robado.

Esa mañana la princesa se levantó más temprano de lo que lo había hecho desde que fue llevada a África por el mago, cuya compañía se veía obligada a soportar una vez al día. Sin embargo, lo trataba con tal dureza que él no se atrevía a vivir allí permanentemente. Mientras se vestía, una de sus mujeres miró hacia afuera y vio a Aladino. La princesa corrió y abrió la ventana, y al ruido que hizo, Aladino levantó la vista. Ella lo llamó para que se acercara, y grande fue la alegría de estos amantes al volver a verse.

Después de que él la besara, Aladino dijo:

—Te ruego, Princesa, en nombre de Dios, antes de que hablemos de cualquier otra cosa, por tu propio bien y el mío, dime qué ha sido de una vieja lámpara que dejé en la cornisa del salón de las veinticuatro ventanas, cuando me fui de caza.

—¡Ay! —dijo ella—, soy la causa inocente de nuestras penas. —Y le contó sobre el cambio de la lámpara.

—¡Ahora lo sé! —exclamó Aladino—. ¡Tenemos que agradecerle esto al mago africano! ¿Dónde está la lámpara?

—La lleva siempre consigo —dijo la princesa—. Lo sé, porque la sacó de su pecho para mostrármela. Desea que rompa mi promesa contigo y me case con él, diciendo que fuiste decapitado por orden de mi padre. Siempre está hablando mal de ti, pero yo solo respondo con mis lágrimas. Si persisto, no dudo que usará la violencia.

Aladino la consoló y la dejó por un rato. Cambió de ropa con la primera persona que encontró en la ciudad y, habiendo comprado cierto polvo, regresó con la princesa, quien lo dejó entrar por una pequeña puerta lateral.

—Ponte tu vestido más hermoso —le dijo a ella— y recibe al mago con sonrisas, haciéndole creer que me has olvidado. Invítalo a cenar contigo y dile que desees probar el vino de su país. Él irá a buscar un poco, y mientras esté fuera, te diré qué hacer.

Ella escuchó atentamente a Aladino, y cuando él se fue, se atavió alegremente por primera vez desde que dejó China. Se puso un cinturón y un tocado de diamantes, y viéndose en un espejo más hermosa que nunca, recibió al mago, diciéndole para su gran asombro:

—He decidido que Aladino está muerto y que todas mis lágrimas no lo traerán de vuelta, así que estoy resuelta a no llorar más, y por eso te he invitado a cenar conmigo; pero estoy cansada de los vinos de China y quisiera probar los de África.

El mago voló a su bodega, y la princesa puso el polvo que Aladino le había dado en su copa. Cuando regresó, ella le pidió que brindara por su salud con el vino de África, entregándole su copa a cambio de la de él como señal de que estaba reconciliada.

Antes de beber, el mago le dirigió un discurso elogiando su belleza, pero la princesa lo interrumpió diciendo:

—Déjame beber primero, y luego dirás lo que quieras. —Se llevó la copa a los labios y la mantuvo allí, mientras el mago apuraba la suya hasta la última gota y caía sin vida.

La princesa abrió entonces la puerta a Aladino y se arrojó a su cuello, pero Aladino la apartó, pidiéndole que lo dejara, pues tenía más que hacer. Luego se acercó al mago muerto, le sacó la lámpara del chaleco y ordenó al genio que llevara el palacio y todo lo que había en él de vuelta a China. Así se hizo, y la princesa en su aposento solo sintió dos pequeñas sacudidas, y ni por asomo pensó que estaba de nuevo en casa.

El Sultán, que estaba sentado en su gabinete, llorando por su hija perdida, levantó la vista y se frotó los ojos, ipues allí estaba el palacio como antes! Se apresuró a ir allá, y Aladino lo recibió en el salón de las veinticuatro ventanas, con la princesa a su lado. Aladino le contó lo que había sucedido y le mostró el cuerpo sin vida del mago, para que pudiera creerle. Se proclamó una fiesta de diez días, y parecía que Aladino podría vivir el resto de su vida en paz; pero no iba a ser así.

El mago africano tenía un hermano menor que era, si cabe, más malvado y astuto que él. Viajó a China para vengar la muerte de su hermano y fue a visitar a una mujer piadosa llamada Fátima, pensando que podría serle de utilidad. Entró en su celda y le puso una daga en el pecho, ordenándole que se levantara y cumpliera sus órdenes bajo pena de muerte. Se cambió de ropa con ella, se pintó la cara como la de ella, se puso su velo y la asesinó, para que no pudiera contar nada. Luego se dirigió hacia el palacio de Aladino, y toda la gente, pensando que era la mujer santa, se reunió a su alrededor, besando sus manos y pidiendo su bendición. Cuando llegó al palacio, había tanto ruido a su alrededor que la princesa ordenó a su esclava que mirara por la ventana y preguntara qué pasaba. La esclava dijo que era la mujer santa, curando a la gente de sus dolencias con su tacto, a lo que la princesa, que durante mucho tiempo había deseado ver a Fátima, la mandó a buscar. Al llegar ante la princesa, el mago ofreció una oración por su salud y

prosperidad. Cuando terminó, la princesa lo hizo sentar a su lado y le rogó que se quedara con ella para siempre. La falsa Fátima, que no deseaba nada mejor, consintió, pero mantuvo el velo bajado por temor a ser descubierto. La princesa le mostró el salón y le preguntó qué pensaba de él.

—Es verdaderamente hermoso —dijo la falsa Fátima—. En mi opinión, solo le falta una cosa.

—¿Y qué es eso? —dijo la princesa.

—Si tan solo se colgara un huevo de roc del centro de esta cúpula, sería la maravilla del mundo —respondió él.

Después de esto, la princesa no podía pensar en otra cosa que no fuera un huevo de roc, y cuando Aladino regresó de cazar, la encontró de muy mal humor. Le rogó que le dijera qué le pasaba, y ella le contó que todo su placer en el salón se había arruinado por la falta de un huevo de roc colgando de la cúpula.

—Si eso es todo —respondió Aladino—, pronto serás feliz.

La dejó, frotó la lámpara, y cuando el genio apareció, le ordenó que trajera un huevo de roc. El genio dio un chillido tan fuerte y terrible que el salón tembló.

—¡Miserable! —gritó—. ¿No es suficiente que haya hecho todo por ti, para que ahora me ordenes traer a mi amo y colgarlo en medio de esta cúpula? Tú, tu esposa y tu palacio merecen ser reducidos a cenizas; pero esta petición no viene de ti, sino del hermano del mago africano que destruiste. Ahora está en tu palacio disfrazado de la mujer santa, a quien asesinó. Fue él quien puso ese deseo en la cabeza de tu esposa. ¡Cuídate, porque pretende matarte! —Dicho esto, el genio desapareció.

Aladino volvió con la princesa, diciendo que le dolía la cabeza y pidiendo que buscaran a la santa Fátima para que le impusiera las manos. Pero cuando el mago se acercó, Aladino, empuñando su daga, lo atravesó hasta el corazón.

—¿Qué has hecho? —gritó la princesa—. ¡Has matado a la mujer santa!

—No es así —respondió Aladino—, sino a un malvado mago. —Y le contó cómo había sido engañada.

Después de esto, Aladino y su esposa vivieron en paz. Él sucedió al Sultán cuando este murió y reinó durante muchos años, dejando tras de sí una larga estirpe de reyes.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB